

TRABAJO MÁSTER PSD - UNED.

PATRIOTISMO Y GLOBALIZACIÓN.

Jaume Esteve Blanch.

Cita:

Jaume Esteve Blanch (2021). *PATRIOTISMO Y GLOBALIZACIÓN*. TRABAJO MÁSTER PSD - UNED.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/jaume.esteve.blanch/15>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pUko/50K>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

PATRIOTISMO Y GLOBALIZACIÓN

PATRIOTISM AND GLOBALIZATION

15 de enero de 2021

AUTOR: Jaume Esteve Blanch (Barcelona, 1946). Doctor en Antropología Social. Máster en Antropología Médica y Salud Internacional. Licenciado en Antropología Social y Cultural. Ingeniero Técnico en Química Industrial, DD-IESE. Profesional jubilado de la industria alimentaria. Investigador independiente en Ciencias Sociales. Conferenciante.

AUTHOR: Jaume Esteve Blanch (Barcelona, 1946). PhD in Social Anthropology. Master's Degree in Medical Anthropology and International Health. Degree in Social and Cultural Anthropology. Technical Engineer in Industrial Chemistry, DD-IESE. Retired food industry professional. Independent researcher in Social Sciences. Lecturer.

RESUMEN

La lenta pero tenaz implantación de una visión global del mundo produce colisiones con visiones identitarias más particulares. Posiblemente el ser humano precisa unos primeros anclajes donde enraizar su aventura existencial antes de pensar en horizontes más amplios, especialmente cuando se trata de su eventual identificación con ámbitos ajenos a su cultura de origen y a su identidad primaria. La doble pertenencia entre patria/nación y mundo, se observa todavía con recelo en determinadas interpretaciones de lo que representan las señas de identidad del particularismo individual.

PALABRAS CLAVE: cultura, globalización, identidad, patriotismo, territorialidad

ABSTRACT

The slow but tenacious implementation of a global world view produces collisions with more particular identity visions. Possibly the human being needs some first anchors where they root their existential adventure before thinking of wider horizons, especially when it comes to their eventual identification with areas outside their culture of origin and their primary identity. The double belonging between homeland/nation and world is still viewed with suspicion in certain interpretations of what the hallmarks of the individual particularism.

KEYWORDS: culture, globalization, identity, patriotism, territoriality

*Car sóc també molt covard i salvatge
i estimo a més amb un
desesperat dolor
aquesta meva pobra,
bruta, trista, dissortada pàtria.*

Salvador Espriu

El caminant i el mur

El concepto de patriotismo, que unívocamente refiere a patria, aconseja definir este segundo término antes de tratar cualquier derivación semántica del mismo. En minúscula o en mayúscula,¹ ese término ha movido ríos de tinta y, especialmente, identificaciones emocionales o sentimentales. Preferiríamos no tener que referirnos a un uso perverso del mismo, como se refleja en la conocida obra, al menos en el ámbito hispanohablante, *Patria* (Aramburu, 2016), donde se muestra una instrumentalización asesina del concepto que da título a esa novela a través de un ejemplo de nacionalismo extremista. Preferiremos que, ya desde las primeras líneas de este pequeño ensayo, quedaran descartados los usos nefastos de la conceptualización del término, como se tuvo que vivir en el desmembramiento de la antigua Yugoslavia, por poner ejemplos geográficamente próximos o, como paradigma universal de tal perversión, lo que fue el nacionalsocialismo alemán hegemónicamente gobernante en la Alemania entre 1933 y 1945. Lo señalamos en este comienzo del texto para conjurar cualquier deriva justificativa de crímenes y limpiezas étnicas: ni la patria ni Dios, para quienes sea creyentes, se deben convertir en elementos exculpatorios de crímenes contra la humanidad.

Entre las variadas interpretaciones que sugiere el concepto de patria, la que más circula por las redes sociales, quizá a rebufo de un pacifismo que se interpreta como asociado a la ausencia de solemnes anclajes patrióticos, es la que hace referencia a su identificación con las percepciones de la infancia (Carol, 2013). La conocida cita de R. M^a Rilke: «la patria del hombre (ser humano) es su infancia», nos recuerda otras muchas referencias a asociaciones análogas empezando por Delibes y continuando por otros literatos como Baudelaire y Saint-Exupéry (Picatoste, 2019). Esa asociación o referencia a una percepción temprana de lo que después podrá ser catalogado como patria, apela más a aspectos sensoriales que a conceptualizaciones intelectuales, pese a que son formuladas

¹ La RAE y Fundéu prescriben su escritura en minúsculas.

por adultos que han interiorizado aquellas iniciales percepciones. De la infancia retenemos olores y sabores, entornos de protección, hablas particulares, proximidades emocionales a la familia, sea esta nuclear o extensa según el modelo de sociedad. En esa concepción la patria es una asociación que la infancia genera con sus vínculos emocionales y su limitado mundo afectivo y sensorial. Es una construcción *ad personam* y dentro de una temporalidad acotada individualmente, sin otras dimensiones sobre ese concepto que las que, con el transcurso de los años, se podrán ir asociando al mismo en las sucesivas socializaciones personales.

Otras visiones de la noción de patria apelan a sentimientos más adultos y, en ocasiones, trascendentes. La referencia al tiempo se diluye aquí en la territorialidad, la historia generacional y las vicisitudes compartidas, por citar algunos de sus componentes. En cualquier caso, nos parece intuitiva la afirmación de que no se puede hablar de una patria sin hablar de sus integrantes. Primero fueron los seres humanos y después sus desarrollos sociales que cuajaron, en momentos diversos, en la noción de comunidad y en su arraigo dentro de una amalgama de factores a todo lo cual, finalmente, se conceptuó como patria. ¿Qué son las patrias en dicho contexto adulto y concreto?

«Habrà que repetirlo siempre: una nación no es una lengua, ni una raza ni un territorio. Es una Unidad de destino en lo universal.»² Citado irónicamente por esa última oración (Estefanía, 2002), esta declaración en la que la nación subsume a la patria, fue frecuentemente citada por el fundador de F.E. (Primo de Rivera, 1952, pp. 472, 503), vehementemente quizá en su formulación, y elude la territorialidad como único atributo de patria, dejando una puerta abierta al mundo, a lo universal. La patria tal vez es una unidad, pero no la universalidad de unidades, aunque también representa un concepto polisémico que ilustra la diversidad del mismo en el artículo que citamos (Rilova, 2016). Decir que la patria eres tú es formalmente una sinécdoque, pero también un enunciado reduccionista: una patria, en cualquier caso, son bastantes agregados de individualidades diversas y, posiblemente, con visiones variadas. Decir que España, u otro país que nos siga en singladuras seculares y centrífugas, no está enteramente vertebrada (Ortega, 1999) es leer en los años veinte del pasado siglo lo que sigue preocupando a la sociedad española cien años después; tal vez por ello nos sigue fascinando la llamada de J.F. Kennedy a la responsabilidad personal hacia el propio país, una forma menos solemne quizá de decir patria, responsabilidad que reclamaba desde el comienzo de su presidencia a cada

² Citado por Trullén, 2007, p. 6.

compatriota: «... *ask what you can do for your country*». (Discursos para la historia, 1961).

Parece, no obstante, que podríamos entresacar algunos atributos del concepto patria en los que podamos coincidir razonablemente: cohesión social, complicidad histórica, diversidad dentro de una buena voluntad y proyecto común respetando las diversidades que siempre deberían ser razonables deudoras de lo común. Tal vez el enunciado es escaso o, como diría un estoico, excesivo. Aquí es donde quizá cabe meditar sobre el egoísmo inherente al ser humano y sobre la incapacidad de superar los límites de sus atávicas peculiaridades territoriales y culturales, las que posiblemente más refieren a una visión idealista pero constreñida en su infancia. Los antropólogos llaman a esa tendencia etnocentrismo, presente en cualquier sociedad humana con carácter universal, y otros, más abocadas a la lógica semántica, lo catalogarían como reduccionismo. Solo puede superarse a través de la cultura y de la buena voluntad que no siempre nos acompaña en la positividad que debería regir una vida adulta y ponderada. Citar aquí a Borges, en un fragmento del poema que dio título a su postrera obra, es casi obligado:

En el centro de Europa están conspirando.
El hecho data de 1291.
Se trata de hombres de diversas estirpes, que profesan diversas religiones y que hablan
en diversos idiomas.
Han tomado la extraña resolución de ser razonables.
Han resuelto olvidar sus diferencias y acentuar sus afinidades.

Los Conjurados (Borges, 1985)

Con el permiso de aquel porteño universal, ahora es tal vez el momento de hablar de patriotismo como concepto, más allá de los oportunismos del momento y aunque ya hayamos formulado una parte de su soporte conceptual, especialmente al hilo de los comentarios que hemos ido reuniendo y que, en su visión más adulta, apelan a una activa actitud hacia lo común que de pasividad indolente. La nación, país o patria no están para cuidarnos, sino que quienes compartimos ese criterio de identificación nos reconozcamos en estos sinónimos para que, siendo ello un punto de encuentro generacional, lo siga siendo y en su marco se realicen las libertades públicas y privadas por las que merece la pena luchar, cualquiera que sea el sentido de esa lucha (Hernández-Pacheco, 2008). Posiblemente necesitamos recrear continuamente esa seña de identidad y evitar su manipulación interesada y su instrumentalización por grupúsculos o particulares. Y tal

vez en esta actitud personal, que se invita a compartir colectivamente, es donde podemos hablar de patriotismo.

Otra lectura de ese término aludiría a las patrias que podríamos llamar “con diversidad”. Aquellas, como es el caso de España, pero también de Reino Unido, Bélgica, Italia o Suiza (país a la que se refiere la anterior cita poética), por citar países cercanos de nuestro entorno, donde el concepto de nación, patria o país tiene que ser compartido por diversas etnicidades culturales que, a lo largo de los siglos, han ido engrosando la población que hoy acoge bajo un deseado sentimiento común de pertenencia, y que no desmerece otros débitos histórico-culturales, entre los que las lenguas diferenciadas se constituyen en elementos básico de identificación y enraizamiento social en el caso de grupos humanos particulares.

Es a veces útil, en estudios comparativos entre sociedades mono y plurilingües, escuchar la opinión de los lingüistas. En ocasiones será particular su punto de vista, especialmente cuando mueve conceptos abstractos en algo tan concreto como las relaciones socio-políticas en entornos culturales diferenciados. A título de ejemplo y de reflexión: «Cuando nos olvidemos de la idea de que a un país le ha de corresponder una sola lengua; cuando asimilemos que las comunidades bilingües de España no deben hacerse monolingües ni de una lengua ni de otra» (Pons, 2020, p. 19). Las lenguas construyen patrias. A veces también contribuyen a su fragmentación: recordemos los versos anteriores.

Ortega y Primo de Rivera apelaban a la implicación en tareas comunes, a una visión dinámica de la pertenencia y del patriotismo. Kennedy también; la primera potencia del globo también la precisaba en 1961 y la sigue necesitando ahora, en momentos de seria división socio-política en aquel país. Tal vez no hacen falta grandes banderas, pero si responsabilidad ciudadana y patrimonio común que asumir, cuidar y mejorar. Si no hay obra en curso que amalgame a sus operarios, esos ciudadanos que se identificarían con una nación, país o patria amplia, porque incluye a todos los estamentos sociales, ¿con qué elementos serán seducidos los eventuales patriotas que les identifiquen con ese proyecto común y compartido? ¿son inclusivos los proyectos sociales que pretenden encantar y obtener los votos de una ciudadanía mayoritaria o bien aquellos pueden conducir a la confrontación social?

Pero aun con todos esos componentes e interrogantes, el patriotismo, sea cualquiera la intensidad de ese sentimiento, es posiblemente algo que viene condicionado por la subjetividad individual, por la historia social y familiar de cada individuo y, precisamente por esto último, es deudor de herencias emocionales, ideológicas y de relatos históricos a veces demasiado fragmentados. Si no somos capaces de alzar la vista más allá de lo que nos depara y nos condiciona nuestra inmediatez, difícilmente veremos los amplios horizontes que el mundo ofrece a quienes tienen la suerte y la oportunidad de practicar esa aconsejable altura de miras.

Y es desde esa deseable tesitura, más cognitiva que visual, que deberíamos contemplar el concepto de globalización, cuya visión actual es mayoritariamente económica, observada con recelos múltiples cuando no de rechazo hacia una realidad más compartida globalmente y que paulatinamente la humanidad va intentando dentro de sus estrategias evolutivas.³ En realidad globalización y patria no son conceptos antagónicos sino más bien diversos. Ya el Imperio Romano fue un intento de globalización *sui generis* en el ámbito del mundo entonces conocido y abarcable. De la literatura ingente sobre este primer ensayo de civilización “universal” nos quedamos con una breve cita: «... Roma no solo acogió pueblos y divinidades, sino que fue ensanchando el horizonte de lo que ella misma entendía como *patria*, hasta hacerse patria de todos.» (Hernández-Pacheco, 2008, p. 163). Esas palabras asocian algo que hoy veríamos como una utopía y que, por serlo, vemos simplemente como un *desiderátum*: esa unión extensa de pueblos que conforma una patria común. Que no se vea no implica que no sea deseable, aunque ahí entraríamos en colisión con un segundo universal antropológico cual es el “otro” o la “otredad”, como la noción preventiva hacia el “distinto” o “extraño” para nosotros, para nuestra cultura, para nuestra civilización grande o minúscula, hacia quien no entendimos en su habla y por tanto se les llamó bárbaros, término peyorativo derivado de *barbotar* o *balbucir*, ya en su acepción latina. Es decir, el “otro” es aquel radicalmente distinto a nosotros y hacia el cual, al menos en principio, tenemos que mantener distancias: ¿suena ello a presente, quizá, y por ello lo calificamos de universal no solo étnicamente sino también diacrónicamente? Cabría matizar, sin embargo, que otro término aparentemente análogo como es la “alteridad” más bien contiene elementos de asunción positiva de las

³ Entiéndase el término “evolutivo” en un sentido de cambio y no necesariamente a su asociación a mejorías o empeoramientos (evolución negativa o positiva) en términos sociales conjugados en una visión comparativa.

diferencias, o al menos así lo planteamos para no formular una negatividad absoluta hacia todo lo que sea “otro”.⁴

Continuando con eventos de globalizaciones pasadas, intentos precursores de las mismas o simplemente situaciones en las que la globalización estaba implícita, aunque solo en el ámbito geográfico citemos la globalidad, en sentido ya absoluto, del mundo en el Siglo XV que, si aún no produjo una globalización económica sí que la puso en evidencia, la anticipó, al circunvalar el globo e iniciarse la presencia de las potencias europeas en escenarios que involucraban al resto de continentes (Estefanía, 2002) y a gentes diversas y distintas: los otros, en definitiva.

La contemplación del mundo como un todo también induce a categorizar las sociedades y a preguntarse por los modelos de civilización. Los pioneros de la Antropología Social (Morgan, Frazer⁵ y Tylor entre otros) ya establecían, como un paradigma hoy discutible pero entonces casi inevitable, las tres etapas que terminan en un último concepto que se pretende actual: salvajismo, barbarie y civilización. Así expresado ese *continuum*, la siguiente pregunta que suele hacerse es dónde se sitúan las demarcaciones de cada una de dichas categorías u otras que se podría formular tal vez así: si las sociedades fueran homogéneas y pudieran incluirse enteramente en esas categorías, entonces esas mismas categorías, ciertamente radicales, también podrían encontrarse, fractalmente, en cada sociedad en particular cuando descendemos al nivel de pequeños grupos sociales o, finalmente, de individualidades concretas. Con esa reflexión que reconocemos algo forzada, lo que se nos presenta es la dificultad en establecer, en un ámbito macro, categorizaciones sociales demasiado rígidas y en pretender que las sociedades humanas son uniformes y se ajustan a alguna de ellas unívocamente. ¿Equipararíamos a Italia con Finlandia?: tienen trazos comunes como pertenecer a la UE y al área Euro, tener un sistema político republicano basado en el parlamentarismo multipartidista y democrático, pero ¿y todo el resto de aspectos que conforman sus culturas concretas, características particulares en suma? Estamos planteando si no existirán diferencias sustanciales entre dos miembros de la UE.

Antes hemos tratado el tema de la diversidad de los lenguajes, aunque tal vez sin delimitar suficientemente el campo de sus consecuencias. La teoría whorfiana, con mayor

⁴ Evidentemente estamos utilizando el género masculino como genérico de “ser humano”.

⁵ Su obra más conocida, *La rama Dorada* (Frazer, 2011), es la que más ha permitido establecer los conceptos de “universales” y “particulares” en la antropología naciente. Su primera edición data de 1890.

rigor la de los norteamericanos Sapir-Whorf, viene a condicionar la visión del mundo y de la realidad por su forma de ser descrita lingüísticamente (Velasco, 2003, pp. 277-340). Es el relativismo cultural llevado a uno de sus extremos, poniendo incluso en entredicho la posterior teoría de un supuesto innatismo en la gramática generativa de Noam Chomsky, pero especialmente sugiriendo que las diferencias lingüísticas entrañan a su vez diversidades difícilmente intercambiables entre culturas en relación a la interpretación holística de la realidad. Es lo que se definió en su momento como relativismo lingüístico. Otro investigador social, más concretamente el psicólogo evolucionista canadiense Steven Pinker, propone que la mente elabora sus ideas y razonamientos en un lenguaje interno propio que ese autor bautiza como “mentalés”, el cual es traducido posteriormente a los lenguajes particulares por los individuos (Pinker, 2012, pp.55-84), sería como decir que pensamos en abstracto, pero hablamos y escribimos en concreto. Volviendo de nuevo a la globalización, parece evidente que, pese a reticencias, pasos adelante y atrás y a los trasvases casi osmóticos —si se permite esta similitud físico-química— que representa poner en contacto, cultural pero especialmente económicamente, a sociedades muy dispares en cuanto a modelos de vida, coste de los mismos, relaciones sociales, regímenes políticos, niveles educativos, etc., conseguimos lo que podría parecer una tarea imposible, en el modelo que limita el mundo a la interpretación lingüística whorfiana. Logramos parcialmente que a nivel global empiece, muy tímidamente, a conjugarse en primera o segunda personas del plural: nosotros/vosotros en lugar de ellos. Más bien diríamos que, afortunadamente y pese a ello, las diferencias lingüísticas no frenan el mutuo entendimiento, sean por traducción o por adopción de lenguajes universales que ahora ya calan en capas profundas de la sociedad y no solo en las élites particularmente ilustradas. La globalización precisa de lenguajes comunes y ese hecho facilita no solo la comunicación sino también un mayor entendimiento entre poblaciones, aunque ahí pesen los intereses respectivos además de los puramente etnocéntricos. Pero solo estamos en el comienzo de esa mundialización que tal vez no resulte y tengamos que intentarlo de nuevo dentro de algunas generaciones. Sería frustrante no conseguirla al menos mayoritariamente.

Siguiendo el curso de lo expresado hasta aquí, parecería que se está poniendo en entredicho la capacidad humana de superar las barreras étnico-culturales y de cooperación a nivel global. Al citar la UE, y pese al juego de interrogantes entre Finlandia e Italia, poníamos en valor —que aun con diferencias culturales de envergadura, entre ellas el

hecho de pertenecer a dos familias lingüísticas muy diferenciadas, la no indoeuropea ugrofinesa (compartida también por otros dos países de la UE: Estonia y Hungría) y la latina, ya ambas muy alejadas de su momento de eventual divergencia— el hecho de que ambos países podían compartir un proyecto común como es la construcción de la Europa de los pueblos, y no únicamente la de los mercaderes, que una visión exclusivamente economicista o irónicamente marxista, nos era vendida por los mismos marxistas, reactivos al proyecto europeo, en los años ochenta del siglo pasado. La UE es un ensayo, que esperemos no tenerlo que repetir pasados unos siglos, referido a un espacio geográfico relativamente reducido, dentro del que está resultando posible construir relaciones político-económicas entre culturas diversas a las que se les pide, sin la exhaustividad que establece el Tratado de Lisboa,⁶ voluntad de cooperación, espacios abiertos de comercio no proteccionista, libre circulación de ciudadanos y convergencia en la macroeconomía y en los sistemas políticos democráticos. Lo que hasta 1945 fueron escenarios de reiterados conflictos bélicos, quedaron desactivados desde aquel año y hasta el presente como valor añadido a la cooperación en ámbitos europeos, en un escenario de paz consolidada y deseadamente duradera. La UE tiene acreditación suficiente como para ser ejemplo de ello.

Hay ciertas tendencias en la humanidad que parecen inevitables o esperables, por razones que involucran a la naturaleza profunda del ser humano.⁷ Dichas tendencias podríamos ilustrarlas, si nos vamos a los extremos, con escenarios contrapuestos de cooperación y aislacionismo. Es difícil establecer cuál de ellos pesa más, ya que las realidades deben contextualizarse en cada momento histórico, pero la tendencia a la cooperación que tiene que ver también con la maduración cultural y civilizatoria del ser humano, debería ser un trayecto cada vez más concurrido, al menos en aquellos modelos de sociedad que prescinden de condicionantes ideológico-creenciales en sus normativas organizativas. De no existir estos determinantes o, dicho de otro modo, en aquellas sociedades donde no existen deudas atávicas de ningún tipo y, si las hubiere, por razones consuetudinarias o de costumbres, estas se entienden particulares, las normativas socio-políticas se concretan en políticas de una mayor cooperación, aunque con las excepciones que hemos nombrado y que no son precisamente minoritarias.

⁶ Lisboa, 2007. Es el *corpus* normativo por el que, desde 2009, se rige la UE-28.

⁷ Omitimos la mención “aspectos genéticos” por no ser un término actualmente bien recibido. En cualquier caso “naturaleza profunda”.

La globalización europea, más allá de las migraciones que son movimientos caóticos de poblaciones empujadas por la pobreza u otros riesgos críticos de supervivencia, refiere mayoritariamente, maximizando su escala, a ejemplos próximos como la construcción de la UE, iniciándose con la CECA (Comunidad Europea del Carbón y del Acero) durante los años 1951 y 1967, que fue su embrión, o a aspectos internacionales comercial-financieros, más que a otras componentes más delicados y sensibles, concretamente en Europa y EE.UU., como son las migraciones antes mencionadas, cuyo gestión y control se constituye en un preocupante elemento interno pero también estratégico. La CECA fue un entramado económico de la industria pesada que precisaba entonces de una dinamización y mejora de costes para impulsar el despegue económico de Europa Occidental ya superada la posguerra. No todo lo que suene a mercados es criticable, con la salvedad de quienes no aceptan este tipo de economía libre y abierta, y empezar la cooperación entre antiguos enemigos por los mercados de la energía y la industria siderúrgica fue un buen comienzo para el crecimiento económico y la creación de empleo, cuando no había concurrencia internacional en las acerías ni desarrollo de energías alternativas. Pragmáticamente es lo que correspondía hacer y de ahí se estableció que el principio de cooperación en una parte de Europa⁸ podía extenderse a otros estados próximos o al resto de áreas económicas y ofrecer esta cooperación a más actores.

Como ya hemos mencionado, esta construcción europea es un referente real de una construcción macroeconómica a escala mundial. No fácil, ni inmediata, ni tal vez enteramente realizable por aspectos preocupantes a medio y largo plazo cuales son los lazos ideológico-credenciales en los que basan ciertas naciones su sistema y gobernanza política. Pero, en cualquier caso, más que mirar a viejas alianzas entre países intercontinentales o a políticas fiscales proteccionistas en momentos de dificultades económicas, se empezó a extender una apertura de los mercados mundiales con parciales acuerdos comerciales regulados por la Organización Mundial del Comercio, organismo creado en 1995 para extender las bondades del comercio mundial al mayor número posible de países que aceptaran unas reglas comunes. Ello ayudó a la creación de riqueza favoreciendo las exportaciones e importaciones, fuente de riqueza de la mayor parte de países a escala intercontinental y paso ineludible para que los países del tercer mundo pudieran ir despegando paulatinamente al multiplicarse sus mercados de exportación.

⁸ También incluía a Argelia como parte integrante de la Francia metropolitana de 1951.

Ineludiblemente la mundialización lo es de la economía, en primer lugar, pero a través de la cooperación internacional existe cada vez un mayor número de personas que se benefician de la apertura de fronteras y del tránsito de personas con finalidades diversas, entre las que destacaríamos las oportunidades de trabajo y los programas Erasmus de la UE, que son una prueba de una globalización parcial en el ámbito de los recursos humanos, de la cultura y de la educación. Quienes sienten reticencias económicas hacia las economías de mercado no apostarían posiblemente esas tendencias, ni tampoco a quienes basan su modelo de vida en el etnocentrismo y el localismo, que viene a ser una misma limitación de oportunidades. El cosmopolitismo ya no es ahora patrimonio exclusivo de una minoría social, pero como forma de vida queda todavía mucho camino por recorrer para que amplias capas de población relativicen los anclajes emocionales, los dogmas identitarios o los particularismos culturales, ocasionando que ciertas migraciones son solo una aventura oportunista, pero no de identificación ni compromiso con los nuevos horizontes de acogida.

Aludíamos antes al choque que se puede producir en la confluencia de ambos conceptos: patriotismo y globalización. La historia de la humanidad muestra altibajos en la construcción de macropatrias como ya antes aludíamos, junto con el malogrado Hernández-Pacheco, al Imperio Romano que finalmente colapsó, como también lo hizo el carolingio, el Sacro-Imperio, la Europa de Carlos I, el imperio austro-húngaro y los supuestos imperios coloniales que se disgregaron entre los siglos XIX y XX. Una explicación a la fragmentación final de los mismos es la distancia emocional que se produce entre los individuos y las fronteras lejanas, o la sensación de pérdida de referentes del individuo cuando se siente subsumido en dichos agregados de culturas diversas, vividas como un imposible cultural. Es lo que, a nuestra pequeña escala, expresaba Ortega al afirmar que a lo máximo que podía aspirar España con el, ya hace un siglo, conflicto identitario con Cataluña era a “conllevarse” (Moreno, 2015), recomendación que el filósofo extendía a conflictos parecidos en otras latitudes (y hoy los completaría con alguno más del ámbito ibérico). En esta proposición, y no precisamente por parte de quien la formuló, se adivina mucha emoción y poca visión de oportunidad socio-económica beneficiosas para la sociedad.

Aunque volviendo a lo general, y para no caer en el etnocentrismo de los ejemplos demasiado particulares, observamos muchas reticencias en la noción de globalización, como para que ese concepto entre realmente en colisión con el concepto de nación o

patria. Para que ello se constituyera en un dilema haría falta la consolidación de estructuras políticas globales o universales. Para esta etapa, de llegarse a ella aunque sea parcialmente como ya hemos reiterado, falta todavía mucho tiempo. Lo que entendemos que se plantea, en realidad, es una dispersión cultural globalizante que pueda diluir lo propio hasta convertirlo en irrelevante.

De lo que sí que podemos hablar es de una UE ya reordenada después de la salida del Reino Unido, donde paulatinamente los países van cediendo, y lo deberían continuar haciendo, cotas de la soberanía en sus propios países. Pensamos que este escenario sí que es donde se puede matizar sobre la disgregación del patriotismo entre lo macro y lo micro, entre la Unión y la Nación ¿Cabe plantear en este ámbito lo de “conllevarse” con la carga de escepticismo que ello contiene?

La UE, por seguir en lo cercano y parcialmente construido, debería pensar que su “éxito” a largo plazo será embarcar a las poblaciones en proyectos y políticas comunes que redunden en beneficio y seguridad de su ciudadanía, en un mundo cada vez más multipolar. Y uno de esos polos, como remanso donde sentir la vida con libertad y futuro socialmente atractivo, será la UE o, en caso contrario, perderá a los candidatos a identificarse con ella, que preferirán volcarse sobre sus patrias de origen. Pensamos que no es incompatible una adhesión a una patria o nación particular, con esos futuros horizontes europeos de mayor calado social y económico, que también puedan reclamar nuestra adhesión. Son planos distintos, aunque en el caso que describimos, mucho más cercanos a la realidad cotidiana que a una hipotética entidad global no todavía concretada ni formulada en sus eventuales atributos. No vemos que considerarse español y europeo sea una *contradictio in terminis*, sino más bien una deseable adhesión dual.

Con estas propuestas vamos terminando esta larga reflexión sobre la patria y el mundo globalizado. Aprenderíamos que se nos permitiera una constatación personal, tal vez ilustrativa, aunque poco representativa por la individualidad de su formulación, sobre identificaciones propias y sucesivas a lo largo de la vida de quien esto ha escrito. Empezaríamos recordando lo de la infancia y la patria: el autor de estas líneas nació en una antigua *Via Transversalis*, como llamaban los romanos a la calzada que cruzaba el llano oeste de mi ciudad de origen. Hace ya siglos que el nombre de esa vía se transformó en Travesera de Gracia, y por lo tanto formaba parte de la antigua Villa de Gracia, que a finales del siglo XIX pasó a constituirse en un barrio de la Barcelona que entonces ampliaba su perímetro urbano después de derribar sus murallas medievales. Barcelona es

la capital de Cataluña y esa región lo es de España, que a su vez pertenece a la UE. Podría añadir la canción de Serrat *Mediterráneo*, como uno más de esos ejes identitarios. Y entonces me pregunto que si, a quien a su vez me interroga sobre cuáles son mis señas de identidad, le sorprenderá que diga que me siento graciense, barcelonés, catalán, mediterráneo, español, europeo ... y tal vez algún día ciudadano del mundo, pero todavía no del mundo de ahora. Tal vez esa reflexión la compartiría más gente, siendo cierto también que más de uno se quedaría a mitad de camino. De donde digo que soy es por aspirar a que sea cierto aquello de que «Han resuelto olvidar sus diferencias y acentuar sus afinidades.» (Borges, 1985), cuyo poema, del que este verso forma parte, termina diciendo: «Mañana serán todo el planeta/Acaso lo que digo no es verdadero; ojalá sea profético». En ocasiones hay reflexiones ajenas, suficientemente transparentes, para que ya no haga falta formular más reflexiones.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARAMBURU, F. (2016). *Patria*. Barcelona: Tusquets.
- BORGES, J.L. (1985). *Los Conjurados*. Madrid: Alianza Tres.
- CAROL, M. (2013, 8 de mayo). La infancia como patria. *La Vanguardia*,
<https://www.lavanguardia.com/opinion/articulos/20130508/54373893872/la-infancia-como-patria.html>
- DISCURSOS PARA LA HISTORIA. (2010, 25 de enero). Discurso inaugural John F. Kennedy, 1961,
<https://discursosparalahistoria.wordpress.com/2010/01/25/discurso-inaugural-john-f-kennedy/>
- ELCONFIDENCIALDIGITAL. (2004, 30 de noviembre). Mi patria es ...,
<https://www.elconfidencialdigital.com/articulo/la-voz-del-lector/patria/20041130000000039612.html>
- ESTEFANÍA, J. (2002, 2 de febrero). Una unidad de destino en lo universal. *El País*,
https://elpais.com/diario/2002/02/10/domingo/1013315432_850215.html
- FRAZER, J.G. (2011). *La Rama Dorada*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- HERNÁNDEZ-PACHECO, J. (2008). *El Duelo de Athenea*. Madrid: Ediciones Encuentro.
- MORENO, L. (2015). ‘Conllevarse’, la salida filosófica que propuso Ortega y Gasset en 1932. *Sociedad civil por el debate*. <https://www.sociedadcivil.com/conllevarse-la-salida-filosofica-que-propuso-ortega-y-gasset-en-1932/>
- ORTEGA Y GASSET, J. (1999). *España Invertebrada*. Madrid: Espasa Calpe.
- PICATOSTE, J. (2019, 16 de marzo). Infancia y patria. *Faro de Vigo*,
<https://www.farodevigo.es/opinion/2019/03/16/infancia-patria-15747498.html>
- PINKER, S. (2012). *El instinto del lenguaje*. Madrid. Alianza Editorial.
- PONS, L. (2020). *El árbol de la lengua*. Barcelona: Arpa.
- PRIMO DE RIVERA, J.A. (1952). *Obras Completas*. Madrid: Dirección General de Información. Publicaciones españolas.
- RILOVA, C. (2016, 13 de junio). La coalición “Unidos Podemos”, la patria, la historia, Ortega y Gasset y la desvertebración de España. *El Diario Vasco*,
<https://blogs.diariovasco.com/correo-historia/2016/06/13/la-coalicion-unidos-podemos-la-patria-la-historia-ortega-y-gasset-y-la-desvertebracion-de-espana/?ref=https:%2F%2Fwww.google.com%2F>
- TRULLÉN, R. (2007). Aspectos en común en la idea de nación española de Ortega y José Antonio Primo de Rivera (Mesa: Nacionalismo, etnicidad e identidades). Comunicaciones del I Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea de la AHC. Universidad de Zaragoza.
- VELASCO, H. (2003). *Hablar y pensar, tareas culturales*. Madrid: UNED.